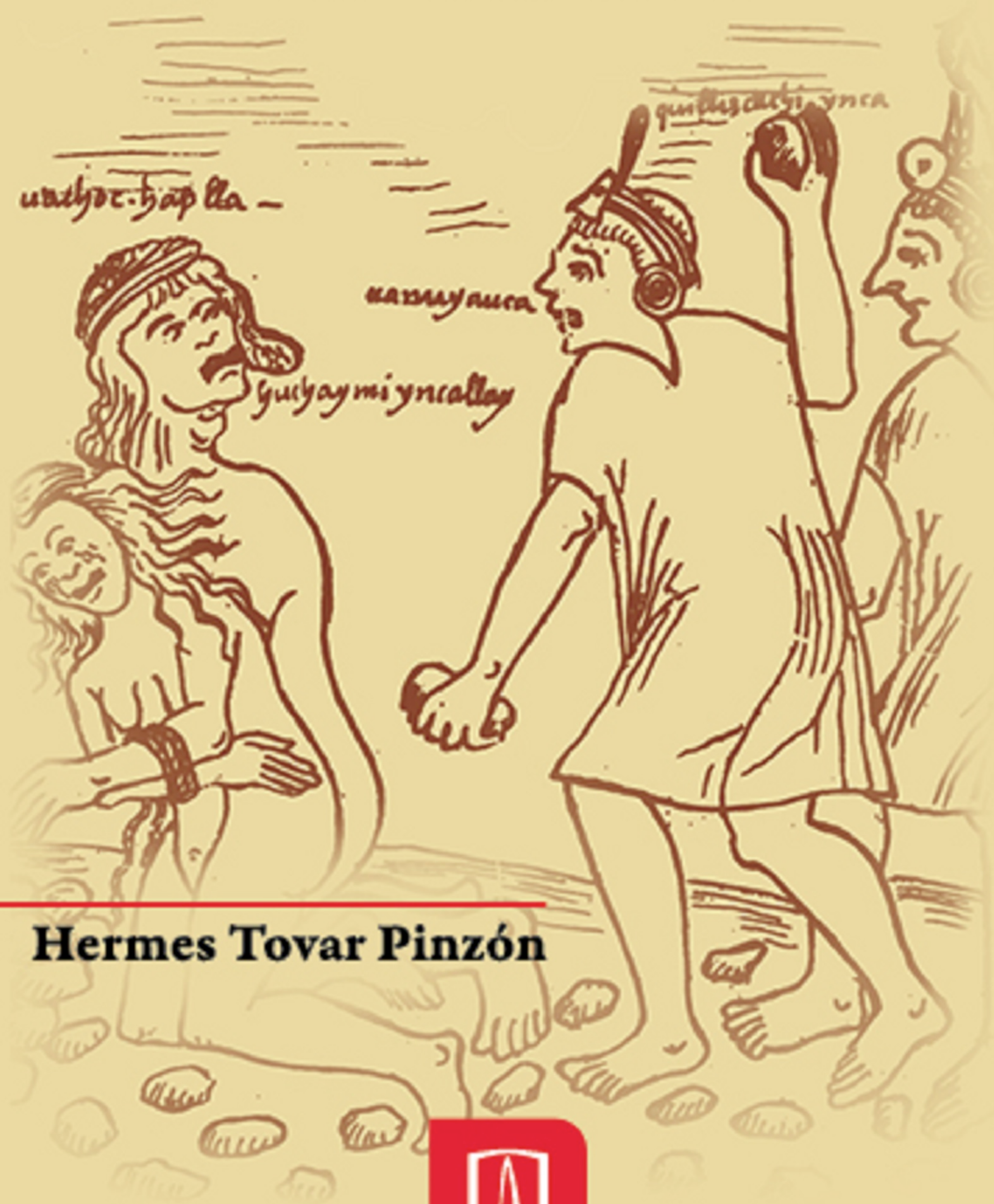


La batalla de los sentidos

Infidelidad, adulterio y concubinato
a fines de la Colonia



Hermes Tovar Pinzón



La batalla de los sentidos



Muchos borrachos nacían en el signo *ome tochtli*,
“2 conejo”, según el *Códice Florentino*, lib IV, f. 9r (detalle)
Reprografía: Marco Antonio Pacheco / Raíces

La batalla de los sentidos

Infidelidad, adulterio y concubinato a fines de la Colonia

Hermes Tovar Pinzón

Universidad de los Andes
Facultad de Ciencias Sociales-CESO
Facultad de Economía-CEDE

Tovar Pinzón, Hermes, 1941-

La batalla de los sentidos: infidelidad, adulterio y concubinato a fines de la Colonia / Hermes Tovar Pinzón. 2ª ed. -- Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia, Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales; Ediciones Uniandes, 2012.

218 pp.; 17 x 24 cm

ISBN 978-958-695-753-3

1. Concubinato -- Historia -- Colombia 2. Mujeres -- Historia -- Colombia 3. Relaciones de pareja -- Aspectos sociales -- Historia -- Colombia 4. Adulterio -- Historia -- Colombia I. Universidad de los Andes (Colombia). Facultad de Ciencias Sociales. Departamento de Historia II. Universidad de los Andes (Colombia). CESO. III. Tit.

CDD. 301.421

SBUA

Primera edición: abril del 2004, Fondo Cultural Cafetero

Segunda edición: mayo del 2012

© Hermes Tovar

© Universidad de los Andes

Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia,
Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales (CESO)

Ediciones Uniandes

Carrera 1ª núm. 19-27, edificio Aulas 6, piso 2

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfono: 339 4949, ext. 2133

<http://ediciones.uniandes.edu.co>

infeduni@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-695-753-3

Diseño de cubierta: Víctor Gómez

Fotografía de cubierta: Guamán Poma de Ayala, siglo XVII

Corrección de estilo: María Fonseca

Diagramación: Angélica Ramos

Impresión y acabados: Nomos Impresores

Diagonal 18 bis núm. 41-17

Teléfono: 208 6500

Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A Ivonne Lucía Tovar Mora

Índice

Sobre la obra de Hermes Tovar · XI

Presentación a la segunda edición

La infidelidad: una ciudad de calles peligrosas · XIII

PRIMERA PARTE

Introducción · 3

Los sentidos contra el dogma · 3

Las trampas del amor · 5

Refugios de imágenes eróticas · 10

Los rostros del amor · 13

La mujer: más que una imagen · 20

Las tentaciones de la infidelidad · 23

El amor célibe · 28

La censura · 33

Amistades ilícitas e infidelidad · 39

Los límites de la pasión · 42

Del chisme a la fuerza del rumor · 45

La vía secreta · 48

Ser infiel · 55

Amor loco · 61

Y dirán que yo la he matado · 77

El fantasma del desamor · 84

Otros delitos del corazón · 90

SEGUNDA PARTE**Introducción · 97****La fiesta contra el dogma · 101**

El colonialismo: un sistema de desastres · 101

La Iglesia, la máscara y el cuerpo · 105

La fiesta: diversión y vicio · 125

El teatro o la farsa del pecado · 128

La geografía de los sentidos y el mestizaje · 130

Los bailes: una ofensa a Dios · 131

Al final... muchos vacíos · 134

Cartas de amor y guerra · 137

Correspondencia de guerra · 142

Correspondencia · 149

Tú traías mi felicidad · 169**Conclusiones · 177****Bibliografía · 181**

Fuentes de archivo · 181

Bibliografía general · 182

Índice de cuadros

PRIMERA PARTE

1. Procesados en la primera escribanía
de la ciudad de Santafé en el año de 1798 · 66
2. Juicios seguidos por amor y delitos sexuales en la sociedad colonial,
fines del siglo XVIII y primeros años del siglo XIX (1780-1810) · 90

SEGUNDA PARTE

1. Calendario de días festivos ordenados guardar
por la iglesia, siglos XVI-XVIII · 117
2. Ingresos generados por el Curato de Supía, 1787-1791 · 119
3. Ingresos de la doctrina del pueblo de Lenguazaque,
4 de junio de 1787 a 24 de junio de 1792 · 120
4. Ingresos del pueblo de Sogamoso, 1776 a 1781 · 120

SOBRE LA OBRA DE HERMES TOVAR

El alcance y la importancia del trabajo de Hermes Tovar Pinzón son inigualables en comparación con los historiadores latinoamericanos de su generación. Su obra abarca más de veinte libros sobre temas que varían, desde la demografía y la economía de la explotación social en la América colonial, hasta el corrosivo efecto del comercio de la droga en la era contemporánea. La mayor parte de este saber se basa en una meticulosa investigación en los archivos de América Latina (Chile, México), España y, su mayor parte, en Colombia, país en el que su conocimiento sobre el Archivo General de la Nación es incomparable y donde actualmente edita la revista *Memoria*. El trabajo de Tovar Pinzón surge de un sentido de indignación —atemperado por el saber— por la explotación de los nativos americanos, afroamericanos y trabajadores dependientes de diferentes etnias que lucharon contra los colonos españoles, los grandes latifundistas y las élites políticas del período nacional, así como contra las pretensiones neocolonialistas actuales del Gobierno estadounidense. Hermes Tovar Pinzón ha sido todo un innovador en su trabajo, y este, *La batalla de los sentidos. Infidelidad, adulterio y concubinato a fines de la Colonia*, su estudio más reciente, el que mejor revela la peculiar dinámica interna de la sexualidad y de la explotación de género, abre una importante brecha en este terreno.

Profesor Charles Bergquist
Washington University

The scope and importance of Hermes Tovar's work —it now runs to more than a score of books on subjects that range from the demography and economics of social exploitation in Colonial America to political protest and civil strife during the nineteenth century to the corrosive effects of the drug trade in the contemporary era— is unmatched among the Latin American historians of his generation. Much of this scholarship is based in meticulous research in the Archives of the Spanish-speaking world: in Chile, in Mexico, in Spain, and most of all in Colombia, where Tovar's knowledge of the General National Archive is unrivalled and where he currently edits the journal *Memoria*. All of Tovar's work is informed by a sense of outrage —tempered by scholarship— over the exploitation of native Americans, Afro-Americans, and dependent workers of all ethnicities who struggled against Spanish colonialists, the big landowners and political elites of the national period; and the neo-colonial pretensions of the U.S. government in the modern era. Tovar has been an innovator in his work, and this, his most recent study —the most intimate in terms of the inner workings of sexuality and gendered social exploitation— likewise breaks new ground.

COREGIMIENTO ELCOREG, IP, TIMIË

Handa vi. d. n. d. o y mirando la vergüenza de las mugeres



Ronda de las autoridades españolas para mirar la vergüenza de las mujeres casadas y doncellas
Felipe Guamán Poma de Ayala, *Nueva crónica y buen gobierno*, Historia 16, Madrid, 1987, p. 515

La infidelidad: una ciudad de calles peligrosas¹

LÍA VILANOVA CONOCÍA los efectos irreversibles de la infidelidad. Ella sabía que fundar un amor suponía arrastrar el cuerpo a nuevas experiencias y desafiar una escala de valores cuya sustitución escasamente era aceptada por sectores muy estrechos de la sociedad. Su historia hacía recordar la de muchas mujeres doscientos años atrás. Aunque en la vida afectiva cada experiencia es única, a pesar de las apariencias, ella encontró “los espacios para renacer” y para valorar “los momentos convertidos en recuerdos”. Y en este mundo de imprevistos y de cambios asumió que “un amor” no era “oro ni piedra preciosa, solo un amor”. Para ella la forma de amar no debía cambiar la esencia operativa de los sentidos, al contrario debía enriquecerlos. Por tanto, “un corazón desierto abriga siempre la esperanza del encuentro” que ha de dar sentido a la pasión furtiva.² Si la fidelidad podía ser “el triunfo de un esfuerzo inhumano” la infidelidad era la fuerza para vivir ampliamente las cualidades de la imaginación.³

Fueron estos mismos diseños mentales y materiales los que asaltaron a doña María Francisca Varela a finales del siglo XVIII. El deseo de vivir la llevó a descubrir su cuerpo frente al espejo de su habitación y a sentir que moría bajo la estrecha jaula de la monotonía que se apoderaba de su matrimonio. Quien abría y cerraba la puerta de su hogar no era su carcelero sino su esposo.⁴ Y fue esto y los malos tratos los que llevaron a María Francisca a establecer una relación afectiva con un canónigo de Oaxaca. Por ello, cuando el juez de la causa

1. Esta introducción ha sido preparada para la segunda edición del libro *La batalla de los sentidos: infidelidad, adulterio y concubinato a fines de la colonia*. Agradezco a los amigos que han leído el texto para hacerme útiles comentarios, especialmente al escritor mexicano Jorge Ruiz Dueñas.

2. Los textos de Lía Vilanova, Ricardo Riso y Luz Rosado han sido editados por el autor. Las citas provienen de correspondencias personales y de entrevistas realizadas a finales de 2004 y 2008. En adelante se citarán como correspondencia de L. V., correspondencia de L. R. o correspondencia de R. R.

3. Denis de Rougemont, *Amor y occidente*, Leyenda, S. A., México, 1945, p. 305.

4. Manuel Esparza, *Con las naguas alzadas*, INAH, Oaxaca, 2002, pp. 192-193.

leyó una de las cartas de su correspondencia personal e íntima, los dos amantes aceptaron su larga e intensa relación. Entre tanto el esposo, aferrado a los prejuicios de su época, a los supuestos y a los rumores sociales, sostenía que había averiguado que ella no solo “cultivaba amores torpes con don Juan José de Guerra, canónigo de aquella Santa Iglesia, sino que soltando la rienda a la desenvoltura y abandono era ya, su adulterina amistad, pública en la ciudad [y] la materia de las conversaciones y corrillos, y el escándalo de cuantos habían tenido diferente idea de su conducta [...]”.⁵ Para estos esposos frustrados de la colonia la infidelidad era adulterio y conducta escandalosa. Pero lo que olvidaban frente a la realidad eran sus desafíos y sus cantaleas que mataban todo afecto en sus esposas. Al menos esto era lo que también alegaban las mujeres del sur del Perú capaces de ocasionar la mayor afrenta “que hay en el mundo para un hombre”.⁶

Es cierto que la infidelidad no está solo en el deseo de reencontrarse con un cuerpo ya ritualizado y escriturado, sino en la búsqueda de una fuerza espiritual que reposa silenciosa en la desnudez del otro, tenga o no tenga los exorcismos de la unión que privilegia el derecho al sexo y a su posesión. Por ello en el adulterio, en el concubinato, en el estupro y en el engaño lo que prevalece es la fortaleza para defender un sentido de vida. Desde este punto de vista, durante la colonia, a pesar de la forma desvergonzada como autoridades, beatas, chismosos y celosos vigilaban e imaginaban las relaciones entre hombres y mujeres, no era la infidelidad lo que asaltaba de dudas a los amantes sino las consecuencias económicas y la destrucción de las uniones de hecho mediante el destierro o los depósitos de los infractores en cárceles, familias y conventos. El interés económico que había guiado el desarrollo de la institución del matrimonio desde la antigüedad a la Edad Media y que se había impuesto en América se desmoronaba bajo el retorno a ciertas formas de poligamia y poliandria.⁷ Pero el mayor castigo no era la sanción económica sino el silencioso aislamiento de los cuerpos, la tortura de una separación forzosa que desecaba la piel y los labios en la enfermiza construcción del recuerdo.

En América, el matrimonio monogámico como otras instituciones había sido impuesto para disolver estructuras mal vistas por los conquistadores. Como los centros de culto superpuestos sobre las pirámides indígenas, así, el matrimonio cristiano se impuso sobre la poligamia para guiar no solo las relaciones sexuales, sino sociales y económicas de las comunidades indígenas. Hubo pues

5. Manuel Esparza, *óp. cit.*, p. 209.

6. Bernard Lavalle, “Amor, amores y desamor en el sur peruano (1750-1800)”, en *Amor y opresión en los Andes coloniales*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2001, pp. 85-112.

7. Jean Verdón, *El amor en la Edad Media. La carne, el sexo y el sentimiento*, Paidós, Barcelona, 2006; Michel Foucault, *Historia de la sexualidad 3. La inquietud de sí*, Siglo XXI Editores, México, 2010.

una conquista del amor, del deseo y de la pasión erótica. Una conquista dolorosa y esquizofrénica. Incluso el homosexualismo indígena fue pasado por las llamas, supuestamente, para purificar a estas almas descarriadas. La monogamia se impuso entonces como un instrumento más de desequilibrio, sujeción y opresión, tal como fue la ciudad hispánica que se superpuso como espacio de dominación. Y para conseguir su aceptación y práctica nada mejor que el terror sobre el cuerpo, objeto de vigilancia policiva y de seguimiento de la vida íntima a través de la confesión. La monogamia no surgió como un recurso de defensa económica de los bienes ni mucho menos como una lucha por convertir la sexualidad del hogar en una relación distinta a la de dos amantes. La monogamia fue un castigo más para los colonizados en América. Por ello, su destrucción se convirtió en un fracaso moral para la iglesia y para los colonizados en la búsqueda de la gloria inicial de los sentidos. Los mismos que estaban allí en la quietud insinuante de las cerámicas mayas, incas y aztecas y en la voracidad erótica de los huacos mochicas.⁸

Si en el mundo colonial la infidelidad estaba ligada a la oposición abierta a la doctrina de la iglesia, en los tiempos modernos ella forma parte de la cultura sexual. Al no ser viable el divorcio abundaban las uniones de hecho. Ayer, todos los escaparates del amor fueron perseguidos por la ley y la religión mientras que hoy solo la conciencia de los individuos, el compromiso y el acuerdo mutuo parecen prevalecer como moral. Tanto que hoy, unos y otros afirman que la lealtad es más importante que la fidelidad, pues esta arruina la felicidad. O, como lo sostuvo Gabriela Wiener, “nos inquieta la infidelidad emocional porque sabemos diferenciar el sexo del amor”.⁹ No obstante, quienes optan por la obediencia social suponen que “la fidelidad se garantiza contra la infidelidad por el simple hecho de que se acostumbra a no separar ya el deseo del amor”.¹⁰ En la historia del amor, la infidelidad también se construyó como institución contrapuesta al orden matrimonial y como amenaza a la economía de la vida conyugal. Por esto, el adulterio más que sanción moral lo que representaba era la destrucción del orden social. La leyenda de Isolda no es más que la construcción de un sueño que nace paralelo al matrimonio.¹¹ Más que la opresión y las formas externas del matrimonio, lo que debe preocupar son sus límites y la decisión de hombres y mujeres a no renunciar al deseo.

8. Museo Nacional de Colombia, *Ofrendas funerarias y arte erótico en el Perú antiguo. Piezas originales del Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera*, Bogotá, 2000.

9. Gabriela Wiener, “Elogio de la infidelidad” en www.soho.com.co/opinion/articulo/elogia-infidelidad/23196/, 7 de junio del 2011. Citado en adelante como G. Wiener, “Elogio de la infidelidad”.

10. Denis de Rougemont, *óp. cit.*, pp. 312-313.

11. Eilhart von Oberg y Gottfried von Strassburg, *Tristán e Isolda*, Ediciones Siruela, Madrid, 2001.

La transición de la Colonia a la República desbordó la infidelidad, el adulterio y las uniones libres. En 1847, el Estado llamaba la atención sobre las causas por las cuales los ciudadanos preferían “un comercio ilegítimo con el otro sexo, a la unión santa y honrosa del matrimonio”. Esta libertad se traducía en el nacimiento de más hijos “ilegítimos que el de los legítimos” lo cual afectaba “la moral pública”.¹² El gobernador de la provincia de Buenaventura enumeró cinco causas: los altos costos de los derechos matrimoniales, la multitud de contribuciones a la Iglesia y al Estado, el monopolio del cultivo del tabaco que podría beneficiar a sus habitantes si se liberara, la falta de leyes que animaran a los ciudadanos a casarse y la impunidad con los concubinatos según lo establecido en el Código Penal vigente.¹³ De estas cinco causas el gobernador abocaba por restablecer “las leyes españolas que protegían los matrimonios” eximiendo a los padres con más de seis hijos legítimos de la obligación de servir en “los empleos consejiles” y, a los casados que “hagan vida común con su mujer”, eximirles de servir en la guardia nacional.¹⁴ Pero la recomendación más ingenua era la de retornar a los tiempos coloniales facultando a los “jefes de policía para perseguir a los pública y escandalosamente amancebados aunque vivan en casas diferentes, imponiéndoles penas correccionales, y aun obligándolos, en caso de reincidencia, a separarse confinándolos a seis leguas de distancia uno de otro”.¹⁵ En conclusión, había un problema de pobreza económica y de riqueza afectiva. Y, Juan de Dios Botero, como gobernador de la provincia de Buenaventura, suponía que con tales medidas se “fomentarían los matrimonios, se disminuiría el número de hijos ilegítimos” y el Estado podía llenar sus expectativas de tener una sociedad moralmente sana.¹⁶ Para este republicano había que retornar a las rondas, a la “delación” y al control de la vida sexual de quienes ahora no eran colonizados sino ciudadanos libres y liberales.

Pero la rueda de la historia siguió su camino y la vida íntima el suyo. Tanto que ni los divorcios ni las infidelidades parecen ser ya motivo de escándalos. Sin embargo, hay que anotar que los divorcios reiterados del presente revelan una forma de recurrir al morbo del matrimonio como máscara para seducir y reencontrar un cuerpo en donde hacer descansar la fragilidad del deseo y la infidelidad no manifiesta. En la regulación del amor, la introducción del divorcio es una de las diferencias del mundo republicano con el mundo colonial. Por ello, en el orden colonial, hombres y mujeres debían fornicar desafiando la ley y no como en el mundo moderno desafiando los afectos o los autoritarismos

12. Archivo General de la Nación (Bogotá), *Gobernaciones varias*, 128, f.796r.

13. AGN (Bogotá), *Gobernaciones varias*, 128, ff.796r. a 797v.

14. AGN (Bogotá), *Gobernaciones varias*, 128, f.798r.v.

15. AGN (Bogotá), *Gobernaciones varias*, 128, f.798v.

16. AGN (Bogotá), *Gobernaciones varias*, 128, f. 798r. Además pensaba que los hijos ilegítimos eran peligrosos “en la sociedad a causa de la mala educación que reciben”.

del otro. En una encuesta del 2010 realizada en once países de América Latina, el 66% de hombres y mujeres admitieron haber sido infieles y el 59,2% de las mujeres colombianas confesaron haber engañado una o dos veces a su pareja.¹⁷

Es decir, la infidelidad ha cambiado, ha evolucionado y va desde la ofensa a la religión y a la ley hasta la construcción de un derecho individual, de algo que existe y que desecha el absurdo. Por ello, cuando el juez leyó la carta que Lía Vilanova había enviado a quien amaba, su rostro reveló una batalla de más de veinte años en que quiso dejarse querer e impedir que el amor nunca se cayese de aquellas manos que tanto extrañaba. Ella había sintetizado el poder que habitaba dentro de sí y pensaba que ser infiel, más que una cantaleta moral, era el retorno a la cantera de los sentidos: “Cuando tu piel llega a cubrir mi cuerpo ya he olvidado las palabras, mis labios queman mientras un olor extraño hace que abandone la respiración cuyo galope invade de música el vendaval de tus furias. Al instante un relámpago fugaz se escapa en tu mirada. Tu piel es una hojarasca que camino con mis manos, para buscar la presa salvaje de tus besos. Te oigo y te siento cuando llegas con los poros de todos tus aromas a dejar que me invadas de deseos”.¹⁸ Esto bastó para que Lía Vilanova hubiera sido procesada y de paso fuera aceptada una petición de divorcio.

Los testimonios anteriores apuntan a confirmar la permanencia de una institución subterránea como es la infidelidad que cada vez más invade el universo de hombres y mujeres. Por ello, en 2010, el 70% de hombres en América Latina había sido infiel una o dos veces a su pareja, no obstante, el 21,7% de las colombianas y el 26,2% de las brasileras lo habían sido más de tres veces.¹⁹ La institución de la infidelidad sirvió durante los tiempos coloniales para combatir el dogma que anulaba todo placer sexual dentro del matrimonio y a comienzos del siglo XXI para afirmar la capacidad de autonomía de hombres y mujeres, aburridos con las cadenas de una indisoluble unión monogámica. Por esto mismo, un 8,4% de las personas en América Latina han experimentado un intercambio de pareja y un 47,5% un trío.²⁰ Abrirle una región al cuerpo fuera de las estructuras que regulan las relaciones matrimoniales sigue ganando espacio con el paso de los siglos, pero siempre bajo la sombra del silencio, la medida y la prudencia. El amor cortesano que hizo posible a Tristán e Isolda, se extiende como una conducta más de la sociedad y no es, como nunca lo ha sido, un patrimonio de los hombres. Es la incapacidad de los amantes “para mantener el secreto de su amor” lo que desata la ira del rey, a quien no le importaba la relación de Tristán e Isolda, siempre y cuando se mantuviera en secreto.

17. Véase <http://www.eltiempo.com/Archivo/Archivo8056822-o.pdf>, 3 de octubre del 2010. La muestra se hizo con más de 13 mil personas.

18. Correspondencia, L. V. Cartagena, 18 de abril del 2003.

19. Véase <http://www.eltiempo.com/archivo/archivo8056822-o.pdf>, 3 de octubre del 2010.

20. Véase <http://www.eltiempo.com/archivo/archivo8056822-o.pdf>, 3 de octubre del 2010.

Al hacerse pública y ante los celos de los cortesanos la relación se convierte en adulterio y debe ser castigada.²¹ Este mismo argumento fue utilizado por un juez en la colonia para castigar a otros adúlteros ajenos a cortes, príncipes y reyes. Eran humildes amantes en una aldea de los Andes septentrionales.

La infidelidad es el asalto a una ciudad que parecería imposible, es la toma de una fortaleza, es una guerra que genera temores y que simula desequilibrios. Es como sentir las hordas de Gengis Kan galopando por el Kurasán antes de presionar las murallas de Merv y Balkh o de Herat y Nashipur, hasta derribarlas y devorar toda resistencia o como en Samarkanda, que abrió sus puertas sin mayor oposición al gran Kan de las estepas. Tal vez pensando en estas opciones Luz Rosado enviaba mensajes de esperanza para no caer y ser arrastrada esta vez por los guerreros del amor: “[...] quisiera ser hechizada o volverme invisible, así nadie me podría ver”. Para ella la infidelidad es miedo que se desplaza como una tempestad de arena para amenazar las calles de su cotidianidad: “[...] me estás arrastrando a tu locura, me siento tan feliz de que me quieras y poderte decir que te quiero, que me has hecho sentir tantas emociones que hasta mi respiración a veces se detiene. Nos hace falta vernos, no sé a qué horas ni cómo, ni cuándo [...]”.²² Este es un mensaje de rendición incondicional. Más que temor, Lía Vilanova afrontó un sentimiento de demencia superable y controlable: el amor no me volverá loca “porque ya estoy loca” y “al paso que vamos terminaremos en un manicomio”.²³ He aquí un testimonio de quien siendo avasallada como en Zhongdu o en los reinos de la China, comprende que toda rendición deja las semillas de la insurrección.

Temor, ansiedad, locura y sentimientos encontrados son algunos de los presupuestos que elaboran quienes aspiran a una relación infiel. El testimonio de Ricardo Risso es interesante por la dificultad de conocer comportamientos propios de la vida íntima de los enamorados. Él describe cómo se desencadenan estas azarosas geografías de la felicidad. Como si la angustia, la demencia y el temor fueran la esencia del ser feliz. Su testimonio marca diferencias con los tiempos coloniales y ayuda a conocer mejor la historia de la sexualidad en América Latina. El largo relato ha sido abreviado y busca mantener el tono y la fuerza emotiva de su autor. Y dado que el amor infiel es una experiencia única, la particularidad no deja de ilustrar un universo de engaños y desengaños, de goces y traiciones, de alegrías y desencantos, de silencios y verbalizaciones que contribuyen a articular este espectro común en todas las sociedades a lo largo de la historia. Por otra parte, se debe recordar que la infidelidad ha acompañado el desarrollo de un género de literatura desde la baja Edad Media hasta los tiempos contemporáneos²⁴.

21. Eilhart von Oberg et al., *op. cit.* pp. 31-32.

22. Correspondencia de L. R., Cali, 8 de octubre del 2004.

23. Correspondencia de L. V., Bogotá, 25 de noviembre de 1998.

24. Además de *Pedro Abelardo y Eloísa* y *de Tristán e Isolda*, véase por ejemplo: Giovanni

La semana anterior a la cita, dijo Ricardo, fue una de las más largas de mi vida. Tuve miedo porque sufrí un ligero esguince de tobillo y el médico me ordenó reposo. Tuve miedo porque aparecía entonces la posibilidad de suspender el encuentro y si eso sucedía ella podía pensar que intentaba evadirla. Tenía demasiada ansiedad, además todo me parecía un albur, pensaba en mi familia y me preguntaba ¿que podría pasar? En verdad no podía estar desocupado ni tener la mente ociosa, pues su imagen iba y venía alrededor de mi cabeza. Dibujaba todas las peripecias que ella estaría pasando para poder cumplir nuestra cita. Los mensajes que intercambiamos en los últimos días, secos y cortos, nada agregaban a lo que ya se había decidido. Yo trabajaba mientras reposaba, luego leía, escribía y procuraba comunicarme con mis compañeros, pero no tenía con quién compartir mi ansiedad, mi preocupación y mi alegría. Este nuevo paso a la infidelidad lo vivía solo. Así transcurrió una semana antes de curar mi lesión.²⁵

La historia no supone juicios de valor frente a las determinaciones de los seres humanos. Aquí no se trata de compartir ni la alegría, ni los temores, ni muchos menos el cinismo encantador de quienes se han enamorado. Se trata de seguir un testimonio que contribuye a comprender cómo se construyen los sentimientos de unos enamorados que, al agregarse estadísticamente, se ensanchan para formar conductas de grupos y colectividades. O, por lo menos, para indicar que la cultura de los afectos, es diversa en la unidad de su naturaleza.

Es sábado, se hace tarde y debo comprar un ramo de flores y una botella de champaña. Son las 3:20 p. m. y un enorme trancón en la vía al aeropuerto agita mi ansiedad. Al llegar me dirijo rápidamente al área de los vuelos internacionales, y no sé si la reconoceré. No había recibido seña alguna de cómo era y yo apenas la recordaba con sus 25 años. ¿La reconoceré?, ¿cómo sería nuestro saludo?, Bah, lo mejor es olvidarlo y ser espontáneo. De repente, siento que alguien atrás toca mi

Boccaccio, *El Decamerón*, Forja, Bogotá, 1982; Gustave Flauvert, *Madame Bovary*, Longseller, Buenos Aires, 2002; D. H. Lawrence, *El amante de Lady Chatterley*, Unidad Editorial, S. A., Madrid, 1999; Marguerite Duras, *El amante*, Diario El País, S. L., Madrid, 2002; Hong Ying, K: *el arte del amor*, El Aleph Editores, Barcelona, 2004; también Yukio Mishima, *Sed de amor*, Luis de Caralt Editor, S. A. Madrid, 1984; Choderlos de Laclos, *Las amistades peligrosas*, Ediciones Nauta, S. A. Barcelona, 2000, Marguerite Duras, *El amor*, Ediciones Orbi, S. A. Madrid, 1990; Gabriel García Márquez, *El amor en los tiempos del cólera*, Bruguera, S. A. Barcelona, 1985. 25. Correspondencia de R. R. El texto es producto de un escrito de 2002 y de una entrevista realizada en septiembre del 2008. Lo dejamos en letra bastardilla y sin comillas porque no son citas textuales sino intervenidas por el autor. El texto ha sido aprobado por R. R. quien amablemente lo leyó e hizo algunas precisiones.

hombro derecho y una voz suave me dice: ¡hola soy yo! Abrí mis brazos, la envolví en ellos y le di un beso en su mejilla. Creo que ella también hizo lo mismo. Apenas pude decirle: ¡bienvenida! Ya no era delgada, pero sí alta, trigueña, de ojos oscuros y grandes, su cabello ya no era negro ni largo y mostraba un evidente tinte rojizo. Su sonrisa sigue siendo franca y aún conserva su encanto juvenil. Al llegar al carro entrego las rosas rojas que ella agradece dándome un beso en la mejilla.

Es común en el rito de una conquista romper el hielo conversando. Pero la situación de Ricardo y Amparo era algo más, pues el deshielo estaba ligado al inicio de una convivencia que se caracterizaría por las rupturas en el tiempo, por la falta de continuidad y por un comienzo que se dilucidaría tan pronto llegaran al pequeño hotel que habían seleccionado para revivir lo que el destino les había vetado durante varios lustros. Se trataba entonces de un reencuentro. Son dos conocidos desconocidos que tendrán que estar frente a frente sin el trato y el tiempo necesarios para convertir la confianza en amor.

Me pregunta hacia dónde vamos a ir. Le informo que saldremos hacia el occidente de la ciudad y que durante una semana estaremos recorriendo gran parte del territorio nacional. Ella guarda un silencio cómplice. Pregunto por su viaje pero sus respuestas son más o menos monosilábicas y evasivas. Me preocupo, pues sé que el silencio tiene una connotación negativa. Tal vez ella piensa en la encrucijada en que estamos. Tal vez piensa en su casa, en los suyos. Intento buscar una salida de la ciudad pero en medio del tránsito congestionado se ha apoderado de mí una necesidad extrema de hablar. Debo alejar el silencio. Noto en ella alguna expresión de incomodidad y pregunto por la causa. ¡Tengo hambre!, me responde. Tengo mucha hambre, desayuné muy temprano y en el avión no pude comer.

Es conocida en la historia del amor la importancia de la palabra, un instrumento definitivo en el paso hacia un tercer momento del ritual del enamoramiento. Y en esta aventura, las pausas que otorga la distancia contribuyen al relajamiento muscular necesario que disponga la pareja a la tolerancia mutua, para la confesión y la acción.

Comimos mientras llegaba la noche y tomamos una ruta hasta encontrar una carretera que se dirigía hacia la tierra caliente. Esta semana, me dijo, decidí encerrarme en mí misma, ya había tomado una decisión y no iba a dar vuelta atrás, no abrí correos ni nada, no quería pensar en nada; le había comentado a mi hermana que me iba a ver contigo pero

su reacción fue de fría indiferencia. Claro que había estado enferma, pero me hubiera gustado contar con su apoyo. Le confíé mi secreto a mi mejor amiga, le conté de qué se trataba y me dijo: ¡Estás loca! ¡Pero si tú ni lo conoces! Le dije: es cierto, pero asumo el riesgo. Entonces decidí apoyarme. Anoche me quedé en su casa y hoy muy temprano me acompañó al aeropuerto deseándome suerte. Ahora estoy aquí, al lado tuyo y vengo con miedo, con miedo de volverme a enamorar de ti otra vez, y eso no puede pasar, eso sería para sufrir y ya he sufrido mucho, no quiero sufrir más.

Amparo fue franca y sincera pues, como en toda relación infiel, las pesadillas del hogar, sus fisuras y monotonías actúan como detonantes. Su decisión no fue irracional sino pensada y racionalizada. Hubo en su postura miedo y soledad. La infidelidad es una campana vacía que los amantes tienden a llenar equivocadamente con confesiones imprudentes a amigos íntimos. Muy pocos enamorados en esta instancia aplican los principios del amor cortesano que tanto nos han enseñado desde la baja Edad Media. Y ante la soledad de una aventura, es común no optar por la soledad del compromiso sino por la búsqueda de un apoyo que al final constituye una peligrosa divulgación.

Apartó su mirada. Traté de animarla diciéndole que también había confiado este encuentro a un amigo. Que en algún momento sentí necesidad de que alguien me escuchara. Para darle seguridad, le confesé que me había enamorado tres veces en mi vida y una de ellas, “fuiste tú”. Acto seguido pregunté: cuéntame si quieres y si puedes cuáles han sido tus sufrimientos: Primero fue mi hijo, me dijo, una aguda inestabilidad durante su adolescencia que fue muy crítica y requirió de mucha atención e intensos cuidados. Simultáneamente la partida de mi hija, que iba a ser transitoria, se convirtió en un conflicto pues no comprendimos su ausencia prematura y casi permanente del hogar. Luego me contó de sus propios quebrantos de salud, por fortuna ya superados, y los de su esposo. Me habló de las dificultades en los negocios y del renovado optimismo por el florecimiento de los mismos. Yo la escuché con atención y me mostré comprensivo ya que poco podía aportar a su emotividad.

Él, que le temía al silencio, no hablaba en esta coyuntura de confesiones, prefería que ella se desahogara tal vez porque los hombres esperan solo un momento, el de la posesión que es lo que les traumatiza.

Su semblante cambió, sentí que me miraba: tas viejito, me dijo: recordé entonces la canción de José A. Morales: “Me volví viejo de tanto esperarte